

# LA CONFESIÓN DE STAVROGUIN

(El capítulo censurado de Demonios)

Traducción directa del ruso y prólogo de RAFAEL CANSINOS ASSENS

## PRIMERA ENTREGA

### PRÓLOGO

En las ediciones de Demonios publicadas con anterioridad a 1906 falta un capítulo, que había de ser el noveno del tomo segundo y llevar el título de La confesión de Stavroguin. Ese capítulo desistió Dostoievski de incluirlo en la novela después de dárselo a varias personas, entre ellas, a su editor. Pero no lo destruyó, sin embargo, sino que lo conservó entre sus papeles, donde, a su muerte, lo encontró la viuda. En el año 1906, con ocasión de organizarse la edición del Jubileo, Anna Grigórievna dio a conocer el precioso capítulo inédito a Aleksandr Merechkovski (el inolvidable autor de Muerte y resurrección de los dioses), cuya colaboración, según parece, deseaba asegurarse. En su libro Tolstoi y Dostoievski declara Merechkovski la primera impresión que la lectura del fragmento inédito le produjo, diciendo que en él el arte supera los límites de sus posibilidades mediante la reconcentrada expresión de horror. Cuanto a Anna Grigórievna, no se atrevió a publicar en su edición ese capítulo íntegro, limitándose a dar algunos trozos como apéndice a Demonios. La cosa parecióle demasiado fuerte. Temió que la maledicencia literaria atribuyera a Dostoievski los crímenes confesados por su héroe, viendo en ellos un trasunto biográfico. Y, sin embargo, a eso dio lugar precisamente con su ocultación, como pasa siempre que uno mismo censura un escrito propio. Bastó que se supiera que había un capítulo inédito de Dostoievski, que su viuda rehusaba publicar, para que los espíritus malignos y suspicaces dieran en fantasear sobre su contenido. La confesión de Stavroguin se convirtió en la confesión de Dostoievski. Y cuando el día 28 de noviembre de 1883 desea Strájov infamar a su muerto amigo en el concepto de Tolstoi, le habla en ese sentido de una escena de Demonios que Kátkov (el editor) no quiso publicar, pero que Dostoievski habíale leído a muchos. Ese capítulo inédito ha estado irradiando desde la sombra desprestigio póstumo para la figura del novelista, en complicidad con su institutriz, y que, de ser verídica, representaría una blasfemia máxima contra esa religión de la infancia profesada por Dostoievski.

Ya mencionamos en nuestra Biografía de Dostoievski esa famosa carta de Strájov a Tolstoi, en la que, con cargo a la referencia de un tal Viskovátov, se le acusa de haber estuprado a una menor en los baños adonde iba a curarse. Pero, como hace observar Hallet Carr, el biógrafo inglés de Dostoievski, ¿qué fe puede merecer esa afirmación de segunda mano, que no va acompañada de ninguna prueba y tiene todos los caracteres de un chisme malévolos? ¿Es posible creer que Dostoievski le hiciese una confesión de esa

naturaleza a un hombre que no era su amigo íntimo? Y aun suponiendo que se la hiciera, ¿no podría tratarse de una broma “pour épater le bourgeois”, o, en todo caso, de palabras proferidas por un psicópata como era Dostoievski en un momento de estado patológico? Contra esa imputación, contenida en la carta de Strájov, protestó la viuda de Dostoievski en cuanto tuvo noticia de ella, con otra que reproducimos al final de éste. Y aunque tal reacción era natural, y se habría producido también aun cuando el rumor hubiera sido cierto, no hay que desdeñar del todo esa defensa que Anna Grigórievna hace de su marido, pues, como juiciosamente observa también Haller Carr, la vehemencia que en su réplica pone la viuda del novelista, que debía de conocer a fondo la vida de su marido, ofrece cierta garantía de su sinceridad. Anna Grigórievna no habría salido con tanto calor a la defensa de su esposo si éste hubiera sido en realidad un hombre tan malo como lo pintan y si la especie de Viskosvátov hubiese tenido algún fundamento. La sorpresa, el asombro y la indignación que refleja la carta de Anna Grigórievna demuestran que jamás pudo creer a su marido capaz de tal vileza y, sobre todo, que nunca llegara a sus oídos tal rumor.

Claro que aquí se trata únicamente de inducciones psicológicas, sin fuerza probatoria para resolver la cuestión, pero sí lo bastante poderosas para dejarla en el terreno de lo opinable y no resolverla en sentido condenatorio. Y esto es suficiente para que no se pueda atribuir a motivos personales el hecho de que Dostoievski retirase del original de Demonios “La confesión de Stavroguin”.

Actualmente, ya ese capítulo se ha publicado en su totalidad; pero, no obstante, persiste la cuestión psicológica que su ocultación planteaba. ¿Por qué Dostoievski no se decidió a publicar ese fragmento en el lugar que le tenía destinado? ¿Debiose a causas externas o a razones íntimas? ¿Tuvo por causa el veto de Kátkov o el veto espontáneo del propio novelista? He aquí una de las magnas cuestiones de la exégesis dostoievskiana. Si el amor, que es verdad en sí, lo fuera también en las demás cosas, bastaría creer en la ingenua y amorosa palabra de Anna Grigórievna, que en sus Recuerdos dice: “Fiodor Mijailovich tenía que atribuirle al héroe de su novela, por razones de carácter artístico, algún crimen infamante. Kátkov no quiso publicar ese capítulo e instó al autor para que lo modificase. Mi marido se enfadó, y para comprobar la exactitud de la opinión de Kátkov leyoles ese episodio a sus amigos K. B. Pobiedonétsev, A. N. Máikov. N. N. Strájov, etc., pero no con la intención de que estos lo elogiasen, según afirma Strájov, sino con el deseo de conocer sus juicios. Habiendo fallado todos en que la escena resultaba hartamente realista, trató mi marido de encontrar una variante a esa escena, según él, indispensable para caracterizar a Stavroguin. Se le ocurrieron varias, entre ellas un episodio en un baño, un suceso real que alguien le había referido. En esa escena aparecía complicada la institutriz, y de ahí tomaron pie precisamente los amigos de Dostoievski, entre ellos Strájov, para decir que ese detalle podía provocar el enojo del público, cual si el autor le echase a la institutriz la culpa principal de su crimen y formulase de ese modo una objeción a la llamada cuestión femenina. Ya le había pasado algo de eso a Dostoievski cuando eligió un estudiante para la figura de Raskolnikov.”

Pero si el sufragio hostil de sus amigos hizo desistir a Dostoievski de la publicación del capítulo, ¿por qué no lo destruyó? ¿Era que, según piensan los malévolos, esa anécdota de

la violación de la niña era para él, en cierto modo, una obsesión (aunque no se haya de incluir en su biografía), una obsesión, cuando menos, puramente literaria, y no se avenía a renunciar a ella? Esta es la opinión de algunos críticos, que la fundan en razones deslucidas de la exégesis de la propia obra del novelista.

Con efecto: el tema de la niña violada, que se suicida a impulsos de la desesperación, es, como hace notar Brodskii, un tema que en la obra de Dostoievski se marca con reiteraciones que delatan una preferencia. Diríase que seduce al novelista por su fuerza de emoción patética. Aparece ya insinuado en Humillados y ofendidos, cual un conato frustrado, en el episodio de Netty, la niña huérfana, en casa de la Búbnova. Logra también expresión, de intenso patetismo, en el simbólico sueño de Svidrigailov en Crimen y castigo, en ese sueño que precede a su suicidio, y que viene a ser como una dramatización que opera el subconsciente de ese depravado personaje, y que le presenta cual realizada la frustrada violación de Dunia Románovna Raskólnikova. Y, por si todo fuese poco, hace notar también Brodskii que allá por el año 1886, cuando Dostoievski frecuentaba a la familia Korvin-Krukovskii, hubo de manifestarle que “desde muy joven había imaginado ya esa escena”. Esa reiteración obsedente de ese tema preciso es justamente la razón en que se apoyan quienes imputan a Dostoievski el crimen de su héroe novelesco, tan arbitrariamente como quien achacase al confesor las culpas del confesado.

Pero sin sobrepasarse a tal demasía, que es un absurdo lógico -pues en ese caso habría que suponer también que Dostoievski, creador de Raskólnikov, había asesinado a dos viejas y tenía mentalidad de asesino-, es interesante ese dato para apoyar otra tesis, cual la sustentada por Brodskii respecto a la razón de que el novelista retirase ese capítulo nefando y al último destino que pensaba darle, Brodskii opera, a nuestro juicio muy firmemente, en el terreno de la pura inducción psicológica, con un gran sentido de la forma en que se realiza el misterio de la creación literaria. Según él, Dostoievski no utilizó ese capítulo para Demonios porque al llegar al paso de la novela en que debía insertarlo se encontró con que ya resultaba intempestivo. Con efecto: la idea del novelista era conducir a su gran pecador, Stavroguin, por los senderos de la contrición, hasta el reconocimiento de su culpa y su conversión a Dios y a la tierra rusa. Stavroguin se confesaría con el monje milagrero Tijón Sandoskii, que le revelaría el mundo de la gracia y lo resucitaría a nueva vida. En las notas de Dostoievski concerniente al plan de Demonios se habla de Tijón Sandoskii y se ponen en boca de Stavroguin estas palabras redentoras y festivas. Stavroguin cogerá a la hijastra (Dascha Schátov) y se irá con ella a vivir una vida nueva. “Nos volveremos criaturas nuevas”, dice reiteradamente. Pues bien: a la altura que iba la novela, cuando ese capítulo debía insertarse, al final de la parte quinta, ya no había espacio ni tiempo para que esa conversión pudieran operarse en planos normales y lógicos. Stavroguin debía conservar ya hasta el fin de la obra su fisonomía moral. (¡Todo requiere un tiempo, hasta las cosas del espíritu, y el tiempo estético es aun más exigente que el real, pues está sujeto a un ritmo de música!) Tenía que morir impenitente, blasfemo y suicida. Y esa segunda parte de su imaginaria conversión había de transferírsele el novelista a la biografía de otro personaje, ya de antiguo ideado, el gran pecador, que nunca de un modo consumado, sino únicamente en forma de lontananza y

perspectiva, ha tratado de revelar Dostoievski la purificación de sus personajes protervos.

La transformación moral, íntima, completa, no llega nunca a consumarse. Raskólnikov, por ejemplo, va al presidio, sí, se confiesa y se entrega, pero su actitud moral no cambia. Hay expiación, pero no regeneración.

Frustrada la prueba de Stavroguin, que ya no podrá ser el gran pecador, realización completa de una hagiografía a estilo del medievo, Dostoievski tendrá que intentar una vez más ese gran epos místico. Y a ese futuro personaje pasará parte de la documentación stavroguiana. Así como también de su horóscopo. Él será quien viole a una niña y quien luego, con expiación contrita, sienta ansias de imprimir una confesión y hacerla objeto de difusión profusa. Basta reparar el plan de Vida de un gran pecador (que ahora ya se conoce merced a la exhumación de los cuadernos de apuntes de Dostoievski) para comprobar esa bifurcación de personajes, peculiar a la enojosa fecundidad dostoievskiana, que tiende a alumbrar hermanos siameses. Y he aquí por qué, según Brodskii, el propio Dostoievski, cediendo a la rígida ley de la composición literaria, retiró de Demonios ese capítulo y lo guardó para incluirlo en lugar oportuno en esa su tan meditada Vida de un gran pecador, que -cual suele ocurrir con lo que más se quiere- nunca llegó a escribir.

La tesis de Brodskii es muy razonable y verosímil, lo cual no quiere decir, sin embargo, que sea cierta. Pero, aunque nos diera la clave del enigma literario, quedaría siempre el otro enigma, muy de otro modo insoluble: el de la realidad intencional, psicológica, aunque no histórica, que haya de atribuirse a esas obsesiones criminosas que han valido a Dostoievski fama de satirillo.

## LA CONFESIÓN DE STAVROGUIN

(El capítulo censurado de Demonios)

Traducción directa del ruso y prólogo de RAFAEL CANSINOS ASSENS

## SEGUNDA ENTREGA

### CON TIJON

(Según se recordará, al final de su entrevista con Schátov, después del episodio de la bofetada, aquel aconseja a Stavroguin vaya a ver a Tijón. En este capítulo Stavroguin sigue la exhortación del estudiante.)

## I

Aquella noche no durmió Stavroguin. Pasósela toda entera sentado en su diván. Con

frecuencia quedábase mirando fijo a un punto en el pico de la cómoda. Toda la noche tuvo luz encendida. A eso de las siete de la mañana durmiose por fin, y cuando a las nueve y media, según costumbre inveterada, entró Aléksieyi Yegórovich a llevarle el café, despertándole con su presencia, pareció, al abrir los ojos, llevarse una desagradable sorpresa al comprobar que hubiera podido dormir tanto tiempo y que fuese ya tan tarde. Aprisa bebióse el café, aprisa se vistió y aprisa fuese a la calle. A la circunspecta pregunta de Aléksieyi Yegórovich de si no tenía nada que mandarle, no respondió nada. Por la calle iba mirando al suelo y hondamente ensimismado. Al levantar por un instante la cabeza parecía poseído súbitamente de un vago pero intenso desasosiego. No lejos de su casa tropezose en una bocacalle con una pandilla de campesinos, unos cincuenta; iban tranquilos, casi en silencio, en orden deliberado. En la tiendecilla, adonde tuvo que aguardar un momento, dijo alguien que aquellos eran los operarios de los Schpigúlines. Apenas si reparó mayormente en ellos. Por último, a eso de las diez y media, llegó al extremo de la ciudad, a la orilla del río, ante la puerta de nuestro monasterio de la Madre de Dios, de Yefimiev. Allí, finalmente, pareció recordar algo inquietante y aflictivo; detúvose, buscase rápidamente algo en su bolsillo del costado y sonriose. En el vestíbulo preguntole al primer lego que vio por dónde se iba a ver al obispo Tijón, que había ido a parar allí una temporada de descanso. Inclínose el lego, y en seguida le indicó el camino.

Junto a la escalerilla, al extremo del largo edificio de dos pisos, encontrose con un grueso monje de pelo canoso, el cual, con imperio y maña, lo desembarazó del lego. El monje lo condujo por un camino muy angosto, que lo obligaba a continuas reverencias (aunque estaba tan gordo que no podía agacharse mucho, teniendo que limitarse a bajar a cada paso la cabeza), y sin cesar le suplicaba que lo siguiese, aunque ya de por sí lo iba siguiendo, sin necesidad de tal exhortación. Hízole el monje algunas preguntas sin objeto y le habló del abad. Pero, visto que no tenía respuesta, cada vez adoptó un aire más respetuoso. Stavroguin observó que allí parecían conocerlo, no obstante no haber estado él allí nunca desde niño, hasta donde alcanzaban sus recuerdos.

Luego que al extremo del camino hubieron llegado a la puerta, abriola el monje con impetuoso ademán. Informose por el criado de la celda, que solícito acudió, de si se podía pasar, y, sin aguardar contestación, fue y abrió la puerta. Con una inclinación, dejó pasar a la cara visita; después de gratificarle aquella, desapareció rápidamente, cual si lo hubiesen echado. Stavroguin penetró en una sala nada grande, y casi en el instante mismo dejose ver en la puerta de la sala contigua un hombre alto, flaco, de unos cincuenta y cinco años, embutido en una bata, con aire enfermo, una vaga sonrisa y un mirar especial, tímido. Aquel era Tijón, cuyo nombre oyérale Stavroguin por primera vez a Schátov y sobre el que luego él mismo había recogido ligeramente datos diversos.

Los informes habían sido muy distintos y contradictorios; pero todos ellos coincidían en que tanto los partidarios como los enemigos de Tijón (que los tenía) callaban acerca de él: los enemigos, por prudencia; los partidarios, hasta los convencidos, por cierta modestia, cual si quisieran ocultar algo, algún flaco suyo, quizá lo de que se hacía el loco por Cristo. Stavroguin habíase enterado de que llevaba ya seis años en el monasterio y que así la gente del pueblo como la gente gorda iban a verlo, que hasta en el lejano

Petersburgo tenía adeptos fervientes, y, sobre todo, adeptas. Por el contrario, un digno y hasta piadoso anciano dió los informes siguientes: “Este Tijón está medio chiflado y, sin duda alguna, es un borrachín”. Yo, por mi cuenta, observé, de pasada, que eso último era un desatino puro, que no tenía aquél más que un antiguo dolor de reuma en una pierna, y, de cuando en cuando, un temblorcillo nervioso. También averiguó Stavroguin que el obispo que vivía retirado allí, no había acertado a granjearse especial respeto en el monasterio, ya a causa de su débil carácter, ya por culpa de una distracción imperdonable, que no compaginaba con su alta jerarquía. Contaba que el abad, rígido y severo en el cumplimiento de los deberes de su cargo, y hombre, además, de cultura notoria, había llegado a tenerle inquina y (aunque no en público, sino secretamente) acusábalo de despreocupación en su modo de ser y poco menos que de herejía. También el modo de conducirse de los hermanos con el prelado enfermo resultaba, si no irreverente por lo menos familiar. Igualmente mostraban las dos celdas que Tijón ocupaba, un pergeño algo raro. Junto a los viejos muebles de roble, forrados de cuero, había algunas cosas de precio: un valioso sillón, una gran mesa-escritorio, de labor admirable; una magnífica estantería, mesitas, vasares, todo, desde luego, regalo. Junto a un costoso tapiz de Bujara veíase una colchoneta. En las paredes, grabados profanos y mitológicos, pero en un rincón campeaba un gran armario con imágenes sagradas, que refulgían con destellos de oro y plata, una de ellas antiquísima, con reliquias. La biblioteca, según decían, era hartó varia y contradictoria. Junto a las obras y escritos de los grandes santos y apóstoles del cristianismo veíanse obras dramáticas y novelas, y hasta es posible que cosas todavía peores.

Tras los primeros saludos, que uno y otro cambiaron, no sé por qué, con cortedad visible, condujo Tijón a su huésped, aprisa y casi sin miramientos, a su cuarto de trabajo; obligole a sentarse en el diván, junto a su mesa, y él fue y tomó asiento en una silla de tijera. Era asombroso hasta qué punto perdió Stavroguin su compostura. Parecía como si reconcentrase todas sus energías para resolverse a algo inusitado, singular, casi imposible para él. Esparció la vista un rato por la habitación, al parecer sin reparar en los objetos; estaba ensimismado, sin saber en qué pensaba. Aquel hondo silencio despabilole, y le pareció de pronto que Tijón, con una sonrisa total innecesaria, había bajado púdicamente los ojos. Aquello le inspiró en el mismo instante aversión y desvío y estuvo a punto de levantarse e irse. A juicio suyo, estaba Tijón completamente beodo. Pero de repente alzó aquél los ojos, y quedósele contemplando con una mirada tan firme y pensativa, con una expresión tan inesperada y enigmática, que hubo de sentir un leve temblor. Y ahora creía él algo de todo punto contrario: que Tijón ya sabía a qué había ido, que ya estaba informado (aunque nadie podía saberlo en todo el mundo), y que sólo por no arredrarlo, por no infundirle temor, era por lo que no había hablado primero.

-¿Me conoce usted? -saltó, de pronto-. ¿Me he presentado o no? Usted perdone, soy tan distraído...

-Usted no se ha presentado, pero yo ya tuve otra vez, hace cuatro años, el gusto de verlo por el monasterio... casualmente.

Tijón hablaba lento y plácido, con una voz suave: sus palabras resultaban borrosas.

-Yo no estuve en este monasterio hace cuatro años -protestó Stavroguin con brusquedad superflua-. Yo únicamente vine aquí de niño, cuando usted aun no estaba.

-Puede que lo haya olvidado usted -observó Tijón con circunscrección y cortesía.

-No, no le olvidado, y sería hasta ridículo que no pudiera recordarlo -insistió Stavroguin, aferrándose a su idea-. Usted se equivoca si cree haberme visto antes.

Tijón guardó silencio. Ahora advertía Stavroguin la pasajera crispación nerviosa que de cuando en cuando le contraía el semblante, indicio de su mencionado padecimiento nervioso.

-Sólo veo que usted hoy no se encuentra bien -dijo-. Así que será mejor que me retire.

Hasta se levantó del asiento.

-Sí, desde ayer tengo fuertes dolores, y esta noche no he dormido apenas...

Se contuvo. Su huésped sumiose en un ensimismamiento inexplicable. El silencio duró largo rato, dos minutos.

-¿Usted ha estado observándome? -inquirió, de repente, excitado y receloso.

-Lo he estado mirando a usted porque me recuerda usted a su madre. Aunque en lo exterior no tenga ningún parecido con ella, en lo íntimo, espiritualmente, se le asemeja usted mucho.

-¡Ningún parecido tengo con ella, y menos espiritual, pero ni el más ligero! -Stavroguin volvió a excitarse desmesurada, infundadamente, sin saber él mismo por qué-. Eso lo dice usted... apiadado por mi situación -dijo-. ¿Pero es que mi madre viene a verlo?

-Sí, mucho.

-No lo sabía, nunca se lo oí decir. ¿Con frecuencia?

-Casi todos los meses, y más.

-Nunca, nunca tuve noticia de ello. No lo sabía -aquel hecho lo puso en un estado de excitación terrible-. ¿Ella le habrá dicho a usted, sin duda, que estoy loco? -exclamó.

-No; eso precisamente, no, aunque por otro conducto ha llegado a mis oídos.

-Pero usted debe tener una memoria bonísima para retener tales nimiedades. ¿Está usted enterado también de lo del bofetón?

-Sí, algo.

-Es decir, del todo. Usted tiene, verdaderamente, la mar de tiempo para enterarse de todo. ¿También de lo del desafío?

-También de lo del desafío.

-¡Aquí, realmente, no hacen falta periódicos! ¿Es que Schátov le había hablado ya de

mí?

-No. Conozco al señor Schátov, pero hace ya bastante tiempo que no lo veo.

-¡Hum! ¿Qué mapa es ese que tiene aquí? ¡Bah, el mapa de la última guerra! ¿Para qué lo necesita usted?

-He comparado el mapa con el texto. Una descripción interesantísima.

-Déjemelo ver. Sí, no está realmente mal hecho. Aunque, después de todo, para usted resulta una lectura muy notable.

Tiró del libro y hojeolo a la ligera. Era una descripción extensa y hábil de la última guerra, no tanto en sentido militar como en el puramente literario. Hojeó el libro por aquí y por allá, y de pronto lo dejó a un lado, impaciente.

-No sé, en verdad, a qué he venido -dijo, contra su voluntad, y miró a Tijón a los ojos, cual si aguardase su respuesta.

-Tampoco usted parece muy bien de salud.

-Sí, es posible.

Y de pronto púsose a contarle en palabras breves, incoherentes, que dejaban incomprensibles muchos detalles, que él, sobre todo por las noches, tenía alucinaciones, que veía o sentía junto a sí a un ser malo, burlón y astuto, multiforme, con caras cambiantes, pero siempre el mismo, y que él se ponía furioso.

Bruscas y confusas fueron esas confidencias, y parecían realmente venir de un loco; pero en medio de todo se expresaba Stavroguin con una notable y nunca vista franqueza, con una libertad de espíritu en él completamente inverosímil, hasta el punto de que parecía haber desaparecido de súbito y contra toda expectación el hombre antiguo. No se avergonzaba de delatar el miedo con que hablaba de sus alucinaciones. Pero todo esto duró sólo un segundo y fuese tan aprisa como viniera.

-Todo eso, naturalmente, es absurdo -dijo, rehaciéndose, rápido y malhumorado-. Debía ir a ver a un médico.

-Sí, tiene usted que hacerlo así, irremisiblemente -intimole Tijón.

-Lo dice usted con una seguridad... ¿Ha visto usted ya individuos como yo? ¿Con esos síntomas?

-Sí, pero muy raros. Sólo recuerdo uno en toda mi vida, un oficial del Ejército que había perdido a su mujer, a la ireemplazable compañera de su vida. Sé de otro caso, pero sólo de oídas. Ambos buscaron su curación en el extranjero... ¿Hace mucho tiempo que padece usted?

-Aproximadamente, un año; pero todo eso es absurdo. Iré a ver al médico. Todo esto es desatino, desatino puro. Soy yo mismo en distintas formas y nada más. Pero como yo me he valido de... esas expresiones, de seguro pensará usted que yo dudaba todavía, y aun

estoy convencido de que soy yo mismo y no realmente el diablo.

Tijón mirolo interrogante.

-Y... ¿lo ve usted de verdad? -inquirió; es decir, que eliminaba toda duda tocante a la realidad y morbosidad de la alucinación-. ¿Ve usted verdaderamente alguna figura?

-Es notable que usted me lo pregunte, habiéndole yo dicho ya que sí la veo -a cada palabra estaba más excitado Stavroguin-. Naturalmente, la veo, la veo ni más ni menos que como ahora le veo a usted...; pero a veces la veo y no creo verla, aunque realmente la veo..., y hay veces que no sé quién es realmente; si yo o él... Absurdo todo. No pensará usted que sea realmente el diablo -añadió, volviéndose, burlón, de pronto-. Aunque eso estaría más de acuerdo con su profesión.

-La enfermedad es más verosímil, aunque...

-¿Aunque qué?

-Indudablemente, el demonio existe, aunque sus representaciones puedan ser diversísimas.

-¡Ah! ¿Por qué baja usted los ojos? -exclamó Stavroguin con sarcástica burla-. ¿Por qué se abochorna por mí? ¿Por qué creo en el demonio y fingiendo no creer en él le dirijo a usted esta solapada pregunta: “Si existe realmente el demonio”?

Tijón esbozó una vaga sonrisa.

-Pues sepa usted que yo no me avergüenzo de eso, y para pagarle a usted la descortesía, le diré francamente y con toda seriedad: creo en el demonio, en un demonio personal, bíblico, no en una alegoría; eso nadie tiene que demostrármelo. ¡Ahí lo tiene usted todo!

Su risa era nerviosa y antinatural. Tijón mirábalo con interés, con unos ojos algo tímidos, pero afables.

-¿Cree usted en Dios?

Stravoguín estremeciose.

-¡Sí; creo en Dios!

-Pues está escrito: “Cree, y con la fe moverás las montañas...” Disculpe usted este desatino, pero tengo curiosidad por saberlo: ¿Puede usted mover las montañas o no?

-Si Dios lo mandase, podría -dijo Tijón, en voz queda y contenida.

De nuevo su mirada buscó el suelo.

-Entonces viene a ser exactamente lo mismo que si Dios lo hiciese. No; ¿usted, usted mismo, en recompensa de su fe en Dios?

-Quizá no pudiera tampoco.

-¿Quizá? Eso, verdaderamente, no está mal. Aunque, después de todo, ¿sigue dudando?

-Porque mi fe no es perfecta, por eso dudo.

-¡Con que también su fe es imperfecta!

-Sí...; puede que mi fe no sea perfecta -repuso Tijón.

-No; jamás lo habría pensado al verlo.

Lo miró de repente, con notable asombro, lo que no avenía bien con el tono burlón de sus anteriores preguntas.

-Bueno, por lo menos cree usted en la remoción de las montañas, aunque con la ayuda de Dios, y no es ya poco eso. Por lo menos, tiene usted la voluntad de creer. Y concibe usted literalmente la montaña. Un buen principio. He observado que los caudillos de nuestra casta sacerdotal se inclinan al bando de Lutero. Eso es siempre más que el très peu de un arzobispo, proferido también bajo la coacción del sable. Usted, naturalmente, no es tampoco ningún Cristo.

Stavroguin hablaba aprisa; las palabras le saltaban de la boca medio en serio, medio en amenaza.

-De tu cruz, ¡oh Señor!, no me avergonzaré.

Fue más bien un apasionado susurro. Tijón inclinó más profundamente la cabeza.

-¿Se puede creer en el demonio no creyendo en Dios? -burlose Stravoguín.

-¡Oh, si es posible, ya lo creo!

Tijón lo miró y sonriose.

-Estoy seguro de que esa creencia la considera usted más estimable que la incredulidad completa.

Stavroguin se echó a reír.

-Por el contrario. El puro ateísmo es más estimable que la mundana indiferencia -protestó Tijón, al parecer, alegre e ingenuo.

-¡Oh, así es usted!

-Un ateo está en el penúltimo peldaño para la fe completa, llegue a alcanzarla o no; mientras que el indiferente no tiene pizca de fe, sino sólo un mísero miedo. Y eso raras veces, cuando es un pecador.

-¡Hum!... ¿Ha leído usted el Apocalipsis?

-Sí.

-¿Recuerda usted: “Y escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea...?”

-Sí; lo sé.

-¿Dónde tiene usted el libro? -Stavroguin miraba, buscando, muy excitado e impaciente, por la mesa-. Querría leérselo... ¿Tiene usted alguna traducción?

-Conozco ese paso -dijo Tijón.

-¿Lo sabe usted de memoria? Pues dígalos...

Fijó la vista en el suelo, apoyó las palmas de las manos en las rodillas y aguardó, impaciente. Tijón se sabía aquel paso de memoria, palabra por palabra:

-“Y escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea: ‘He aquí -dice- el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios. Yo conozco tus obras, que no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: ‘Yo soy rico y estoy enriquecido, y no tengo necesidad de ninguna cosa.’ Y no conoces que tú eres un cuitado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo...”

-¡Basta! -interrumpió Stravoguín-. ¿Sabe usted que lo quiero mucho?

-Y yo a usted -contestole, en voz queda, Tijón.

Stravoguín guardó silencio, y volió de pronto a sumirse en su anterior ensimismamiento. Parecía aquello un ataque, y era la tercera vez que le daba. Lo de le quiero a usted mucho, díjosele a Tijón sin tener el ataque, quizá; pero en todo caso, de un modo para él mismo inesperado.

Transcurrió más de un minuto.

-No se enoje usted -murmuró Tijón, y dióle, casi con temor, con un dedo en el codo.

Stavoguín se estremeció y frunció malignamente las cejas.

-¿Quién le ha dicho a usted que yo esté enojado? -inquirió rápidamente.

Tijón quiso decir algo; pero él lo atajó de pronto, presa de agitación inexplicable:

-¿Por qué cree usted que yo no tenía más remedio que enojarme? Sí; estoy enojado, tiene usted razón, y precisamente por haberle dicho a usted que lo quería. Tiene usted razón; pero es usted un cínico descarado, piensa usted muy mal de la naturaleza humana. No había menester ningún enojo, de tratarse de otro hombre que no yo... Por lo demás, aquí no se trata de los hombres, sino de mí. A pesar de todo, es usted un tío raro, y un loco...

Su excitación crecía, sus palabras se hacían notablemente insolentes.

-Oiga usted, a mí no me gustan los espías ni los psicólogos; por lo menos los que huronean en mi interior. No necesito a nadie para mi alma, nada necesito, yo mismo me basto. ¿Cree usted que yo le temo? -preguntó, alta la frente, y echó hacia atrás, imperioso, la cabeza-. Usted está, claro, plenamente convencido de que yo he venido a verle para revelarles un terrible secreto. Lo ha estado aguardando con toda la curiosidad de paleta de que es capaz. Bueno; pues sepa usted que yo no he de revelarles secreto alguno, y que yo puedo valerme sin usted.

Tijón mirolo firmemente a la cara.

-¿Le asusta a usted que el Cordero prefiera lo frío a lo simplemente tibio? -dijo-. Usted querría ser sólo tibio. Siento que una extraordinaria y acaso terrible resolución va apoderándose de usted. Le ruego que no se atormente usted; dígalo todo.

-Usted sabía, de fijo, que yo había venido a verle con algún objeto.

-Lo... adiviné -murmuró Tijón, y bajó los ojos.

Stavroguin palideció, tembláronle levemente las manos. Un instante miró fijo y en silencio el vacío, casi pugnando con una decisión. Finalmente sacó del bolsillo lateral de su americana unas hojas impresas y las dejó arriba de la mesa.

-Estas hojas están destinadas a repartirse -dijo con voz ahogada-. Aunque sólo las lea un hombre, yo, para que usted lo sepa, no ocultaré ya nada; luego las leerán todos. No lo necesito a usted para nada, pues yo he tomado mi resolución. Pero lea usted... \Mientras lea, no diga nada; luego... lo dirá todo...

-¿Leo? -inquirió Tijón, indeciso.

-Lea usted, estoy tranquilo.

-No, sin gafas no puedo; es una letrita extranjera muy menuda.

-Aquí tiene las gafas.

Stavroguin cogiólas de encima de la mesa, se las alargó y recostose en el diván. Tijón no se volvió a mirarlo, y se sumió en seguida en la lectura.

## LA CONFESIÓN DE STAVROGUIN

(El capítulo censurado de Demonios)

Traducción directa del ruso y prólogo de RAFAEL CANSINOS ASSENS

TERCERA ENTREGA

CON TIJON

(Según se recordará, al final de su entrevista con Schátov, después del episodio de la bofetada, aquel aconseja a Stavroguin vaya a ver a Tijón. En este capítulo Stavroguin sigue la exhortación del estudiante.)

Verdaderamente, era una impresión hecha en el extranjero. Tres pliegos de papel corriente de cartas, de pequeño tamaño, encuadernados. Impresas, por lo visto, en alguna tipografía rusa del extranjero, aquellas hojas parecían a simple vista una proclama. El sobrescrito rezaba: De Stavroguin.

Reproduzco este documento al pie de la letra en mi relato. Sólo me he permitido corregir las numerosas faltas de ortografía. Faltas que, en cierto modo, me chocan, pues el autor era hombre culto y leído, desde luego, de un modo relativo. El estilo, no obstante sus muchas inexactitudes, lo he dejado intacto. Salta a la vista, desde luego, que el autor no era un literato.

Se Stavroguin: “Yo, Nikolai Stavroguin, oficial retirado, vivía el año 186... en Petersburgo. Llevaba allí una vida licenciosa, que no me proporcionaba placer alguno.

“Tuve por aquel entonces, durante una temporada, tres domicilios. En uno, amueblado con lujo y dotado de servidumbre, vivía yo en unión de Maria Lebiádkina, hoy mi legítima esposa. Los otros domicilios los alquilaba por meses para mis aventuras; en uno recibía a una señora que estaba enamorada de mí; en el otro, a su doncella. Una temporada acaricié el plan de hacer de modo que señorita y doncella se encontrasen en mi casa. Las conocía a las dos, y me prometía de aquella broma gran placer.

“Prudentemente, fui preparando las cosas para ese encuentro, y me vi obligado por ello a visitar con más frecuencia uno de aquellos domicilios, que se encontraba en una gran casa de la Gorojóvaya. Allí les tenía yo alquilada en el cuarto piso, a unos artesanos rusos, una habitación. Los patronos vivían en la sala contigua, tanto más próxima cuanto que la puerta de comunicación siempre estaba abierta, lo que respondía también en un todo a mi deseo. Él era empleado de no sé qué oficina, y desde por la mañana hasta la noche estaba fuera de casa. Ella, una mujer de unos cuarenta años, hacía reformas en los trajes, y también paraba poco en casa, pues tenía que salir a entregar. Yo me quedaba solo con su hija, que era todavía muy niña. Se llamaba Madrioscha. La madre la quería, pero le pegaba e insultaba con frecuencia, como lo hacen las mujeres, terriblemente. Aquella muchacha me servía y me arreglaba el cuarto. Debo confesar que he olvidado el número de la casa. Me he informado y me han dicho que la derribaron, y que ahora, en vez de dos o tres edificios viejos, álzase allí uno nuevo, grandísimo. Los nombres de mis patronos también los olvidé. Es posible que tampoco entonces los supiese. Sólo sé que ella se llamaba Stépanida; creo que Mijailovna. El de él no lo recuerdo. Creo que haciendo indagaciones mediante la Policía de Petersburgo podrían hallarse sus huellas. La habitación se encontraba en el patio, en un rincón. Todo esto pasaba en el mes de junio. La casa estaba pintada de azul claro. Un día desapareció mi cortaplumas, que no me hacía falta y andaba de acá para allá, encima de la mesa. Se lo comuniqué a la patrona, muy lejos de pensar muy lejos de pensar que ésta hubiese de pegarle por ello a su hija. Precisamente acababa de sentarle la mano por habersele perdido no sé qué cintajo, figurándose que su hija era la que lo había perdido, y hasta puéstoselo en el pelo. Como apareciese luego aquél debajo de la mesa, la muchacha no profirió ni una palabra de reproche, sino que se quedó

mirando en silencio al vacío. Pude observar ese detalle, y entonces por primera vez sorprendiome el rostro de la chica, que hasta allí me pasara inadvertido.

“Era rubia y barrosa, una cara vulgar la suya, pero muy infantil y plácida, de una desusada mansedumbre. A la madre le sentó mal no le dirigiese ningún reproche por los golpes inmerecidos, y le enseñó el puño, aunque no le pegó. En aquellas circunstancias hubo de perderse mi cortaplumas. Verdaderamente nadie, fuera de nosotros tres, había allí, nadie, y la muchacha era la única que entraba en mi cuarto. La patrona estaba furiosa por haberle pegado la primera vez sin motivo, así que cogió la escoba, arremetió contra la chica y empezó a apalearla en mi presencia, hasta hacerle sangre, y eso que ya tenía aquélla doce años. Matrioscha no gritaba, probablemente por estar yo delante; pero a cada golpe sollozaba de un modo especial. Después se llevó llorando una hora.

“Pero antes había ocurrido lo siguiente: en el mismo momento de ir la patrona en busca de la escoba para liarse a golpes con ella encontré yo el cortaplumas encima de mi cama, adonde debía de haber rodado, no sé cómo, de la mesa. Al punto se me ocurrió la idea de no decir nada, para que le pegasen a la pequeña. Me decidí en seguida: en tales casos, me falta el aliento. Pero tengo el propósito de contarlo todo minuciosamente, para que en verdad nada quede oculto.

“Toda situación afrentosa, desmedidamente humillante, repulsiva, y, ante todo grotesca en que me haya encontrado en mi vida me ha inspirado siempre, además de una rabia sin límites, un deleite increíble. Lo mismo me ha ocurrido en el momento de cometer una acción bochornosa o exponerme a un peligro de muerte. Si yo hubiese robado, habríame encantado, en el instante de hacerlo, la consciencia de mi abyección. No es que me haya gustado la abyección (en este punto, tengo el juicio sano), sino que ese estado de embriaguez derivado de la penosa consciencia de mi ruindad, me gustaba. Igualmente, cuando tenía un desafío, en tanto aguardaba el disparo de mi adversario, apoderábase de mí ese mismo sentimiento insensato, vergonzoso, y a veces con desusada fuerza. Confieso que con frecuencia buscaba yo las ocasiones de saborear esa sensación que sobrepasaba para mí en energía a todas las demás. Cuando me dieron aquellas bofetadas (dos me han dado en mi vida) me dominaba, no obstante, la rabia tremenda, esa misma sensación. Cuando refrena uno su rabia, la sensación de placer es indecible. No he hablado nunca con nadie de esto, ni siquiera por indirectas, y siempre lo oculté como algo infamante, vergonzoso. Por el contrario, cuando en una taberna de Petersburgo me pegaron malamente (me cogieron de los pelos), no experimenté esa sensación, sino sólo una rabia tremenda: no estaba borracho, sino que había reñido con los otros. Pero si cuando en el extranjero aquel vizconde francés que me dio una bofetada, y al que yo a cambio de ella le partí de un tiro la barbilla, me derribó en tierra y me zarandó de los cabellos hubiese ya experimentado esa embriagadora sensación quizá no me hubiese entrado rabia. Así me lo parecía a mí entonces.

“Cuento todo esto para que todo el mundo sepa que esa sensación nunca me ha dominado por completo; que yo conservaba siempre mi plena consciencia, siendo precisamente esa consciencia la causa de todo. Y cuando esa sensación me lanzaba a la

irreflexión, por decirlo así, hasta la locura, nunca llegaba tampoco a olvidarme, al total olvido de mí mismo. Ardía en mi interior, pero al mismo tiempo dominábala yo tan cumplidamente que podía mantenerla en su mayor hervor. Estoy seguro de que toda mi vida habría podido conducirme como un fraile, no obstante tener una sensualidad zoológica innata, que cada vez fustigaba yo más. Cuando quiero, soy siempre dueño de mí mismo. Quede sentado que no pretendo disculparme ni con el ambiente ni con la enfermedad, sino que cargo enteramente con la plena responsabilidad de mis crímenes.

”Terminó el castigo, me guardé el cortaplumas en el bolsillo del chaleco y me fui sin decir palabra. Anduve un largo trecho y tiré el cortaplumas al arroyo, para que nunca nadie supiera de él. Luego aguardé dos días. La muchacha lloraba, y se volvió aun más taciturna, estando yo convencido de que contra mí no tenía inquina alguna. Por lo demás, seguramente debía de darle también su poco de bochorno de que la hubiesen castigado en mi presencia. De ese bochorno, ella, como una niña que era, se echaba a sí mismo la culpa.

“Y entonces, en aquellos dos días, hube yo de formularme la pregunta de si sería yo capaz de renunciar a todo y no llevar a cabo mi designio, y sentí en el acto que sí era capaz de ello, en todo instante, en todo tiempo. Aproximadamente por aquellos días quise yo matarme por un sentimiento morboso de absoluta carencia de simpatía; a punto fijo no sé por qué. En aquellos dos o tres días (porque no había más remedio que aguardar a que la muchacha lo olvidase todo) realicé, para libertarme de las incesantes obsesiones o sólo por vía de distracción, un robo en la pensión donde vivía. Fue aquél el único robo que en toda mi vida he cometido.

“Había allí muchos huéspedes. Entre otros, un empleado con su familia, que ocupaba dos habitaciones pequeñas amuebladas. Cuarentón y nada estúpido, mostraba siempre un aspecto decoroso, pero era pobre. Yo no me trataba con él, y él evitaba el círculo que por aquel entonces me rodeaba. Acababa precisamente a la sazón de cobrar los treinta y cinco rublos de su sueldo. Yo me vi impelido a eso porque, efectivamente, necesitaba dinero (que recibí a los cuatro días por la posta), de suerte que robé por necesidad y no por diversión. Cometí el robo de una manera franca y descarada; me colé en su habitación mientras él, con la mujer y los niños, estaba en otra salita, comiendo. Allí, junto a la puerta, encima de una silla, tenía muy dobladito su uniforme. Se me ocurrió ese pensamiento de pronto, ya en el camino. Metí la mano en el bolsillo y saqué el portamonedas. El empleado había sentido ruido y asomose a la puerta de la otra salita. Hasta notó algo; pero no viendo nada, pensó haberse equivocado. Yo dije que al pasar me había asomado a su cuarto para echar un vistazo a su reloj de pared. “Allí está, sí”, me contestó, y yo me salí.

“Por aquel tiempo bebía yo mucho, y en mi cuarto había siempre tertulia, en la que figuraba Lebiadkin. El portamonedas, con la calderilla, lo tiré, pero me quedé con los billetes. Había treinta y tres rublos, tres billetes encarnados y dos amarillos.

“Cambié inmediatamente un billete encarnado y mandé por champaña. Cambié luego otro, y, por último, el tercero. A las cuatro horas, ya al atardecer, aguardábame el

empleado al paso. “Oiga usted, Stravoguín: cuando antes me habló usted, ¿no dejaría caer, inadvertidamente, de encima de la silla, el uniforme?... Estaba junto a la puerta.” “No, no recuerdo. ¿Tenía usted en su cuarto el uniforme?” “Sí, allí estaba.” “¿En el suelo?” “Primero estaba encima de la silla; luego, en el suelo.” “Pero ¿lo recogió usted?” “Sí.” “Bueno; ¿pues qué más quiere?” “Claro, siendo así, nada.”

“No se atrevía a expresar sus sospechas, ni siquiera a mentar a nadie de la pensión... Tan cobarde es esa gente. Por lo demás, a mí me tenían allí mucho miedo y mucho respeto. Me divirtió cambiar con él la mirada dos veces en el trayecto. Luego ya se me hizo pesado.”

A los dos o tres días volví a la Gorjováya. La madre había ido no sé adónde con un envoltorio; el padre, ni que decir tiene, estaba ausente. De suerte que habían dejado a Matrioscha sola. Las ventanas estaban abiertas. En la casa vivían solamente artesanos, y todo el santo día resonaban en todos los pisos martillazos y canciones. Nosotros llevábamos ya allí una hora. Matrioscha estaba sentada en un rincón, de espaldas a mí, y tiraba de aguja. De repente púsose a cantar muy bajito, cual solía hacerlo a veces. Yo miré mi reloj: eran las dos. El corazón me palpitaba. Me levanté y me fui acercando a ella. En las ventanas había muchas macetas de geranios y brillaba un sol pálido. Yo me senté en silencio a su lado, en el suelo. A lo primero asustose horriblemente la chica; se estremeció y dio un salto. Yo le cogí las manos y se las besé suavemente; hícela sentar de nuevo en el banquito y la miré a los ojos. Lo de que yo le hubiera besado las manos provoque una risa infantil, que sólo duró un instante, pasado el cual acometióle tal susto que su carita se contrajo. Con ojos fijos de susto quedóseme mirando, frunció la boca como para llorar; pero, a pesar de todo, no gritó. Yo volví a besarle las manos y me la senté en las rodillas. Ella se zafó de mí y echose reír, como de vergüenza; pero era la suya una risa insincera. Tenía la cara roja de bochorno. Como ebrio, murmurábale yo cosas. Finalmente, ocurrió algo notable, que nunca he podido olvidar y que me sorprendió: la chica fue y me echó los brazos al cuello y empezó a darme besos apasionados. Tenía el semblante contraído. No faltó mucho para que yo me levantase y me fuese; tal compasión me entró de pronto por la pobre criatura.

“Cuando todo terminó, púsose ella como loca. Y no hice por engañarla ni seguí acariciándola. Ella me miraba con tímida sonrisa. Su confusión crecía por momentos. Por último, cubriose la cara con las manos y quedose plantada, de cara a la pared, en un rincón. Yo temía que volviera a asustarse como antes, y me alejé en silencio.

“Creo que todo lo ocurrido debió parecerle a ella el colmo de la indecencia y que tuvo que sufrir una angustia de muerte. Pese a todos los insultos y palabrotas que desde su más tierna infancia habría tenido que oír, estoy firmemente convencido de que aun no entendía nada. De fijo creyó haber cometido un crimen increíble, digno de pena capital: que había matado a Dios.

Traducción directa del ruso y prólogo de RAFAEL CANSINOS ASSENS

## CUARTA ENTREGA

### CON TIJON

11 (2)

“Aquella noche fue cuando tuve la riña en la taberna, que ya mencioné de pasada.. Me desperté, sin embargo, por la mañana en mi cuarto, pues Lebiadkin se había encargado de llevarme allí. Mi primer pensamiento al despertarme fue: “¿Lo habrá contado ella o no?”. Por un momento experimenté un verdadero miedo, aunque no muy intenso. Yo estaba aquella mañana muy contento, y, sobre todo, la mar de cariñoso, de suerte que toda la pandilla estaba muy satisfecha de mí. Pero yo los dejé a todos y me fui a la Gorojóvaya. La encontré ya abajo, en la puerta de la casa. Venía de la tienda, adonde la habían mandado por achicoria. Al verme, llena de un susto horrible, echó a correr escaleras arriba. La madre le estaba ya pegando al llegar yo por haber entrado en el piso haciendo visajes, con lo que la verdadera causa de su espanto quedó ignorada. Así que hasta entonces todo iba bien. Desapareció ella no sé dónde, y no se dejó ver más mientras yo estuve allí. Permanecería yo una hora, y luego me marché. Al atardecer volví a experimentar la misma angustia; pero ya de un modo mucho más intenso. Naturalmente que podría mentir; pero es que podrían prenderme, que me amenazaba la cárcel. Nunca he tenido miedo, y salvo en esta ocasión, nada he tenido, ni antes ni después. Y a Siberia no le he tenido el menor miedo, y eso que una vez había tenido razón para tenérselo. Pero entonces estaba yo asustado, y, de veras, no sé por qué sentía miedo por primera vez en mi vida, una sensación sumamente penosa. Además, sentía hacia ella, por las tardes, en mi cuarto, tal odio, que tomé la resolución de matarla. El odio subía de punto con el recuerdo de sus risas. Me entraba desprecio, un verdadero asco, cuando pensaba cómo ella se había ido corriendo, después de consumado todo, a un rincón, resguardándose el cuerpo con las manos. Me entraba una rabia inexplicable, seguida de una sensación de hielo. Como amanecí con fiebre, entrome de nuevo el miedo, pero tan intenso, que no podía yo imaginarme un tormento mayor. Se me había pasado el odio a la muchacha, por lo menos no afectaba ya aquellas proporciones de paroxismo de la noche anterior. Adquirí la experiencia de que un miedo intenso sofocaba todo sentimiento de odio y de afán de venganza.

“Me desperté ya a eso del mediodía, y hasta me maravillé de mis sentimientos del día anterior. Estaba, sin embargo, de mal humor, y, no obstante mi espanto, no tenía más remedio que ir a la Gorojóvaya. Recuerdo que en aquellos instantes habría celebrado mucho tener una riña seria con alguien. Pero al llegar a la Gorojóvaya me encontré en mi cuarto con Nina Savélievna, la doncella de marras, que llevaba ya una hora aguardándome. No me gustaba ni pizca aquella muchacha, hasta el punto de que en cierto modo temía ella un arrebató de cólera por haber ido a verme sin que yo la llamase. Pero, de pronto, me alegré de verla allí. No era fea; era modesta, y tenía esos modales que tanto estiman los artesanos, por lo que mi patrona me la elogiaba mucho. Las encontré a las dos tomando café, y la patrona parecía encantada de la grata conversación. En un rincón del cuarto estaba Matrioscha. Estaba quietecita, en pie, mirando alternativamente a su madre y a la otra muchacha. Al entrar yo no se escondió, como otras veces, ni se fue. A mí sólo me pareció un poco demacrada y febril. Acaricié y cerré la puerta de comunicación con la sala de la patrona, lo que hacía mucho tiempo no hiciera, así que Nina se fue de allí muy contenta. También salí yo, y estuve dos días sin volver por la Gorojóvaya. Estaba hartó. Había decidido poner término a todo aquello, despedir aquellos cuartos y marcharme.

“Pero al ir para despedir la habitación encontré a la patrona excitada y afligida. Matrioscha llevaba ya tres días enferma, tenía fiebre todas las noches y deliraba. Naturalmente, pregúntele sobre qué versaban sus delirios. Hablábamos en mi cuarto, en un hilo de voz. Ella murmuró que decía cosas tremendas, que había matado a Dios. Yo me brindé a llamar al médico a mi costa; pero ella no aceptó. “Si Dios quiere, ya se le pasará; no siempre está en la cama; de día se levanta. Mire usted: ahora acaba de ir a la tienda.”

“Yo quería verme a solas con Matrioscha, y como la patrona me dijera que a las cinco tenía que ir al centro, decidí volver allá por la tarde.

“Hice en una taberna la comida del mediodía. A las cinco y cuarto en punto ya estaba de vuelta. Abrí, como siempre, con mi llave. Matrioscha estaba sola. Se hallaba en la habitación detrás del tabique, en la cama de su madre, y pude observar que miraba hacia afuera; pero yo hice cual si no lo hubiera notado. Las ventanas todas estaban abiertas. Hacía un aire tibio, hasta caliente. Yo di unas vueltas por allí y luego me senté en el diván. Lo recuerdo todo, hasta el pormenor más insignificante. Me prometía un gran placer de hablar con Matrioscha y atormentarla, no sé por qué. Estuve aguardando una hora entera; pero luego ella misma fue y salió de pronto del otro lado del tabique. Sentí cómo daban sus pies en el suelo al saltar de la cama, y después unos pasos muy ligeros, y, por último, dejarse ver ella misma en el umbral de mi cuarto. Quedose allí en pie, en silencio. Yo era tan vil que el corazón me palpitaba de alegría por haberme estado en mi sitio y aguardando a que ella viniera. Desde la última vez que la viera había decaído

verdaderamente de un modo terrible. Tenía la cara marchita y la cabeza debía arderle. Tenía los ojos de par en par; fijos en mí con estúpida curiosidad, según se me antojó a lo primero.

“Yo seguía sentado, miraba y no me movía. Pero no tardé en comprobar que no le inspiraba el menor miedo, y que más bien estaba delirando. Pero tampoco era eso. De repente volvió la cabeza, como suelen hacer en señal de reproche los seres ingenuos y primitivos, y de pronto alzó su puñito y me amagó con él desde allí. En el primer momento pareciome aquello cosa de broma; pero luego no pude sufrirlo. Tenía en su cara una desesperación impropia de una niña. Y allí seguía, agitando su puñito y moviendo en señal de reproche la cabeza. Yo me levanté y me fui, lleno de miedo, hacia ella y empecé a hablarle con cautela, queda, afectuosamente; pero no tardé en comprender que no me entendía. Luego se cubrió de pronto la cara con las manos, como aquella vez, y retiróse y asomóse a la ventana, de espaldas a mí. Yo me volví a mi cuarto y me asomé también a la ventana. No puedo comprender cómo no me fui entonces, sino que, en vez de eso, me quedé allí, cual en espera de algo. No tardé en sentir sus pasos presurosos. Era que salía por la puerta de la galería de madera, que también tenía una salida a la escalera. En seguida corrí a mi puerta, la abrí y alcancé a ver todavía cómo Matrioscha desaparecía del camaranchón.

“Una pregunta curiosa me formulé en seguida. No he acabado de comprender aun cómo vino ella a mí tan súbitamente aquella vez para irse luego. Cerré la puerta y me asomé de nuevo a la ventana. Claro que aun no se podía lamentar aquella fugaz idea...; pero, con todo... (Ahora aun lo recuerdo todo y el corazón me martilleaba.)

“Al cabo de un rato miré el reloj y vi que era la hora exacta para mí. Qué falta me haría, lo ignoro; pero yo estaba en disposiciones de hacerlo y, sobre todo, quería en aquel momento grabarlo bien todo en mi memoria. Así que lo observado entonces todavía lo retengo como presente, lo veo cual si fuese hoy. Oscurecía. Sobre mí revoloteaba una mosca que venía a posarse siempre en mi cara. La cogí, la tuve entre los dedos y la eché por la ventana. En el patio, abajo, sonó, ruidoso, un coche. En el pico del patio estuvo entonando un artesano, un sastre, asomado a la ventana, muy recio y mucho rato, una canción. Estaba sentado, trabajando, y yo podía verle muy bien. Pensaba yo que, puesto que no me había tropezado con nadie al cruzar la puerta y subir la escalera, tampoco, naturalmente, era necesario que me encontrase con nadie al salir. Así que me aparté prudentemente de la ventana para que los vecinos no pudieran verme. Cogí un libro, lo volví a dejar, reparé en una diminuta araña roja posada en una hoja de geranio y me sumí en ensoñaciones. Lo recuerdo todo, hasta el último momento.

“De repente miré el reloj. Desde que la chica se fuera habían pasado veinte minutos. La presunción convirtiose en verosimilitud. Pero yo resolví aguardar todavía un cuarto de hora. Pensé por un instante que habría vuelto y yo no la habría sentido; pero eso no podía ser. Reinaba un silencio de muerte; podía oír el vuelo de una mosca. De pronto palpitome más recio el corazón. Miré el reloj de nuevo: tres minutos todavía. Aguardé ese rato más, aunque el corazón me palpitaba como cual si fuere a saltárseme. Después me levanté, me puse el sombrero, me abroché la capa y miré a mi alrededor, por si no dejaría allí alguna señal de mi presencia. Arrimé más la silla a la ventana, como estaba antes. Por último, abrí, sigiloso, la puerta, la cerré con mi llave y me fui hacia el desván. Estaba la puerta entornada, pero no cerrada del todo. Sabía yo que no podía cerrarse; pero no quise abrir, sino que me puse de puntillas y miré por un resquicio. En aquel momento hubo de chocarme en que mientras había estado allá arriba, asomado a la ventana, mirando la arañita roja y ensoñando, había premeditado ya por anticipado que había de ponerme de rodillas y mirar por una rendija. Menciono estos pormenores para demostrar que yo era dueño de mis energías mentales y que soy responsable plenamente. Largo rato estuve atisbando por aquella rendija, porque estaba a oscuras, aunque no del todo, de suerte que acabé por ver lo que quería.

## LA CONFESIÓN DE STAVROGUIN

(El capítulo censurado de Demonios)

Traducción directa del ruso y prólogo de RAFAEL CANSINOS ASSENS

## QUINTA ENTREGA

CON TIJON

11 (3)

“Finalmente, decidí retirarme. No me encontré con nadie en la escalera. Tres horas después estábamos todos sentados, de tertulia, en la pensión, en mangas de camisa, tomando té y jugando a las cartas con una baraja vieja y escuchando los versos de Lebiadkin, los cuales versaban sobre cosas no deliberadamente estúpidas, como siempre, sino regocijadas y alegres. Kirillov también era de la partida. Nadie bebía, no obstante haber una botella de ron encima de la mesa. Salvo Lebiadkin. Prójor Malov observó: “Cuando Stavroguin está contento y no le entra murria todos estamos alegres y hablamos

con sentido.”

“Aquello hubo de chocarme. Luego estaba yo alegre y contento y no tenía murria. Eso era por fuera. Pero yo sabía, en medio de mi alegría por mi liberación, que era un ruin, un vil cobarde; sabía que nunca más volvería a ser persona decente.

“Pero a eso de las once vino corriendo la hija del patrón a comunicarme, de parte de la patrona de Gorojóvaya, que Matrioscha se había ahorcado. Yo fui allá, y vi que la patrona ignoraba por qué me mandara aquel recado, que no hacía más que gritar y alborotar, y que había allí mucha gente, y la Policía. Estuve allí un rato, y luego me fui.

“Apenas si en todo ese tiempo me molestaron, aunque me hicieron las preguntas de rigor. Pero, salvo que la muchacha había estado enferma y delirando, por lo que yo me había ofrecido a costearle un médico, nada dije. Que yo hubiera estado allí aquella tarde, nadie lo sabía.

“Una semana me abstuve de ir por allí. Fue cuando ya la habían enterrado, con objeto de despedir la habitación. La patrona seguía llorando; pero andaba ya, como antes, ocupada con sus trabajos y su costura. “¡Por su cortaplumas la reñí yo tanto!”, me dijo, pero sin acento de especial reproche.

“Con el pretexto de que en aquel cuarto no podía recibir a Nina Sabélievna, lo despedí. Al despedirme volvió ella a hacerme elogios, una vez más, de Nina Savélievna. Al irme le regalé cinco rublos.

“Ante todo, sentía yo un gran empacho de la vida. Pasado el peligro, habría olvidado ya el suceso de la Gorojóvaya, como todo lo de aquella época, si por algún tiempo no me hubiese acordado, con rabia, de mi miedo.

“Desfogué mi rabia como pude. Por entonces se me ocurrió la idea de poner término a mi vida del modo más repugnante. Un año hacía ya que meditaba pegarme un tiro; pero había algo mejor.

“Una vez hubo de mirarme María Timoféyevna, la coja, que andaba por allí, y que entonces aun no había perdido del todo el juicio, siendo, sencillamente, una idiota. Estaba locamente enamorada en secreto de mí (lo que todos sabían), y yo decidí de pronto

casarme con ella. La idea de la boda de un Stavroguin con tan menguada criatura ponía mis nervios en tensión. Cosa más horrible no me podía imaginar. Pero aun así y todo, sólo me casé por una apuesta, estando borracho, después de una comilona. Testigos de la boda fueron Kirillov y Piotr Verjovenski, que a la sazón se hallaba casualmente en Petersburgo, y, por último, el propio Lebiadkin, Prójor Malov, que ya mutió. Nadie más estaba enterado de la cosa, y éstos habían prometido guardar silencio. Ese silencio pareciome siempre una ruindad; pero hasta ahora se ha mantenido, no obstante tener yo la intención de romperlo. Pero ahora lo publico con todo lo demás.

“Después de la boda me fui con mi madre a la provincia para distraerme. En nuestra población creían que yo estaba loco; una idea inextirpable, que sin duda alguna me perjudicaba mucho, según después explicaré. Luego hice un viaje al extranjero, y por allá me estuve cuatro años.

“Estuve en Oriente, en Athos; oí en pie una misa de Navidad, de ocho horas; recorrí Egipto, viví en Suiza, hasta me alargué a Islandia, y asistí durante un año a las conferencias de Gotinga. El último hice conocimiento con una distinguida familia rusa, en París, y con dos señoras rusas en Suiza. En Francfort habíame llamado la atención, al pasar, en un escaparate de una librería, entre otros retratos, uno pequeñito de una joven que, aunque lujosamente ataviada, parecíase notablemente a Matrioscha. Compré enseguida el retrato y lo puse en mi cuarto del hotel, sobre la chimenea. Allí llevaba una semana intacto, sin que yo lo mirase. Al venirme de Francfort me olvidé de traérmelo.

“Menciono este detalle para demostrar hasta qué grado soy dueño de mis recuerdos y qué indiferentes se me habían hecho. Los ahuyentaba a todos, y ellos, dóciles, se alejaban, desaparecían en cuanto quería yo. Siempre me habían cargado los recuerdos, así como hablar del pasado, según hace casi todo el mundo, tanto más cuanto que el pasado y todo lo concerniente a mí mismo resultábame odioso. Por lo que se refiera Matrioscha, hasta dejé olvidado el retrato encima de la chimenea. En primavera, hace un año, viajando por Alemania, por distracción, dejé pasar la estación de ferrocarril en que debía transbordar y seguí adelante un buen trecho. Me dejaron apearme en la estación siguiente. Eran las tres de la tarde; el día, hermoso. Era aquél un mezquino lugarón, alemán. Me indicaron una fonda. Tenía que aguardar. El tren más próximo llegaba a las once de la noche. A mí hasta me alegró mucho mi aventura, ya que no tenía prisa. La fonda era pequeña y mísera, pero estaba enteramente en pleno campo verde, rodeada de planteles de flores. Me destinaron un cuarto reducido. Comí bien, y como había pasado la noche en el tren y estaba cansado, me dormí, con un sueño profundo, a eso de las cuatro de la tarde.

“Tuve un sueño muy raro, pues nunca había visto antes nada parecido. En la Galería de Dresde hay un cuadro, de Claudio Lorrain, que creo figura en el catálogo con el título de

Alis y Galatea, pero al que siempre he llamado La edad de oro, ignoro por qué. Ya lo conocía yo antes, pero hacía tres días que al pasar por allí había vuelto a chocarme. Había ido allá con la intención de verlo, y puede que con es único objeto. Pues ese cuadro precisamente fue el que vi en mi sueño, sólo que no el mismo cuadro, sino en forma de cierto acontecimiento.

“Era... una islita del archipiélago helénico; olas azules, ondulantes; islas y rocas, orillas floridas, perspectivas encantadoras, un amable sol en su ocaso: con palabras no es posible escribirlo. Allí creen haber tenido los europeos su cuna, allí se desarrollaron las primeras escenas de la Mitología, allí estuvo su paraíso terrenal... Allí vivieron unos hombres maravillosos.

“Crecían y se extinguían felices, inocentes; sus festivas canciones resonaban en los cercados; su poderoso exceso de sanas energías transformándose en amor y alegría cordial. El sol bañaba con sus destellos las islas y el mar; recreábase en aquellos sus magníficos hijos. Un sueño prodigioso, un hermoso sueño. Un sueño, una ilusión más verosímil que todas, pero a la que entonces se aferra con todos sus bríos la Humanidad, por la que todo se sacrifica, por la que sus profetas se han dejado matar, crucificar, sin la cual los pueblos no querrían vivir ni morir tampoco. Esta sensación la experimenté en el sueño. Lo que a punto fijo soñara, lo ignoro; pero aquellas rocas, el mar, los oblicuos destellos del sol poniente, todo eso vivía en mí al despertarme, al abrir los ojos, que por primera vez en mi vida tenía empapados en fluyentes lágrimas. La sensación de una felicidad inesperada henchía mi corazón hasta una plenitud dolorosa. Había oscurecido. El sol poniente lanzaba por entre el verdor de las flores de la ventana todo un haz de oblicuos rayos; yo estaba enteramente anegado en luz del sol. Cerré aprisa los ojos para llamar de nuevo al sueño; pero de repente, en medio de unas luz clara, distinguí un puntito

“Este punto cobró forma, y de repente vi con toda claridad una arañita roja. La otra vez habíala visto encima de la hoja del geranio; pero entonces la vi en medio de los líquidos rayos del sol poniente. Pasó por mí no sé qué; me incorporé y me sentí en la cama... ¡Eso fue lo que entonces sentí!

“La vi delante de mí (¡oh, no despierto; entonces sólo hubiera sido una visión!); vi a Matrioscha, postrada y con ojos de fiebre, exactamente como aquella vez en el umbral, y movía la cabeza y alzaba, amenazándome, su puñito.

“Nunca hasta entonces había sufrido yo tal suplicio. Las lastimera desesperación de la desamparada criaturita que me amenazaba (¿con qué?) ¡Oh, Dios!, ¿qué podía ella

hacerme?, pero que, naturalmente, se echaba a sí misma toda la culpa. Estuve sentado así hasta la noche, inmóvil, y olvidé el tiempo. No sé si serían remordimientos de conciencia o contrición; hoy mismo no podría decirlo. Pero aquella figura llegó a hacerme insoportable; aquella figura, sólo en pie en el umbral, con el puñito levantado y amenazante, sólo su apariencia de entonces, sólo aquel momento de antaño, sólo aquel meneo de cabeza. Eso precisamente no lo puedo soportar, porque casi todos los días se me aparece. No se me aparece espontáneamente, sino que soy yo quien lo provooco y no puedo menos que hacerlo así, aunque eso me haga la vida imposible. ¡Oh, si lo viera una sola vez despierto, aunque fuese en forma de alucinación!

“¿Por qué no despertará en mí ningún otro recuerdo nada semejante, y eso que ha habido en mi vida cosas que la opinión acaso juzgase más severamente? ¿Será sólo el odio, pero también el inspirado por mi actual situación? Antaño podía yo olvidar u sacudírmelo todo con absoluta sangre fría.

“He andado todo este año de acá para allá e intentado emprender algún trabajo. Sé que podría ahuyentar a Matrioscha en cuanto quisiese. Soy en absoluto dueño de mi voluntad, como en otro tiempo. Pero es el caso que nunca lo he querido, que yo mismo no quiero ni querré. Así que eso seguirá hasta mi locura.

“Hace dos meses sufrí en Suiza un ataque de la misma pasión, acompañado de uno de los rabiosos arrerruchos que sólo al principio tuviera. Me entró el furioso deseo de cometer una nueva acción bochornosa, o sea incurrir en bigamia (yo estoy ya casado); pero desistí gracias al consejo de otra muchacha, a la que yo me revelé casi del todo, diciéndole cómo a aquellas que deseaba no las amaba, y que nunca podría amar a nadie. Además, ese nuevo crimen no me libró en absoluto de Matrioscha.

“Así que decidí mandar imprimir esta hojas y distribuir trescientos ejemplares por Rusia. A sui tiempo debido las repartiré entre la Policía y las autoridades, así como entre los periódicos, con el ruego de que las publiquen, y entre mis amigos de Petersburgo y de toda Rusia. También las haré circular, traducidas, por el extranjero. Ya sé que con ello no he de acarrearne ninguna molestia legal, si acaso muy leve; yo mismo certifico contra mí y no hay quien me demande, sin contar con que no hay ninguno o, por lo menos, muy pocos indicios. Finalmente, la arraigada creencia de mi locura, y de fijo los desvelos de mis parientes, que harán valer esa creencia y sofocarán en germen cualquier persecución legal peligrosa de que me hiciesen objeto; expongo estos datos para demostrar que estoy en el pleno uso de mis facultades mentales y puedo tomar juicio exacto de mi situación.

“Para mí quedan aquellos que todo lo saben y me mirarán con tamaños ojos y yo a ellos.

No sé si esto... podría servirme de algo. Me acojo a ello como al recurso último.

“Lo repito: Si la Policía petersburguesa indagara bien, encontraría algo. Los artesanos que digo puede que vivan aun en Petersburgo. Conocerán, naturalmente, la casa. Estaba pintada de azul claro. Pero yo me iré de aquí, y durante una temporada (uno o dos años) continuaré en Skvoréschniki, la finca de mi madre. En cualquier momento que me reclamen, estaré pronto.

Nikolai Stavroguin.”

(El capítulo censurado de Demonios)

Traducción directa del ruso y prólogo de RAFAEL CANSINOS ASSENS

SEXTA ENTREGA

CON TIJON

11I

La lectura duraría una hora. Tijón leía despacio; es posible que algunos pasos los leyera varias veces. Stavroguin continuaba, entre tanto y tanto, sentado y en silencio e inmóvil. Es notable que aquella expresión de impaciencia, ensimismamiento y casi ausencia que toda la mañana había mostrado su rostro hubiese desaparecido casi del todo, cediendo puesto al sosiego y a una cierta franqueza, con lo que vino a ganar en dignidad. Tijón se quitó las gafas, titubeó, alzó finalmente los ojos y empezó muy circunspecto:

-¿No se podrían hacer algunas correcciones en este escrito?

-¿Por qué? Yo lo he redactado con toda sinceridad -objetó Stavroguin.

-Un poco el estilo...

-Olvidé decirle a usted -saltó, rápido y fogoso, inclinándose hacia delante- que todo cuanto diga será inútil; no he de desistir de mi propósito; no trate de disuadirme. Lo publicaré.

-Eso ya cuidó de decírmelo antes de la lectura.

-Es lo mismo -atajole Stavroguin, violento-; por agudas que fueren sus objeciones, no habría de desistir de mi intención. Bien o mal redactado (piense usted del estilo lo que quiera), no estoy dispuesto en modo alguno a rendirme a sus ataques y dejarme persuadir.

-No podría tampoco contradecirle, y menos que nada, tratar de convencerle para que desistiese de su designio. Esa idea es poderosa... Ni un cristiano podría sentir más hondo. Más allá, por encima de una balanza tan sorprendente, no podría llegar la contrición, aun cuando...

-¿Qué?

-Aun cuando fuere una idea verdadera, una idea verdaderamente cristiana.

-He sido sincero.

-Usted quiere exagerar su maldad, pintarse más malo de lo que en su corazón se siente...

Tijón se había vuelto más atrevido; el documento, por lo visto, le había hecho una intensa impresión.

-¿Que exagero? Le repito a usted que no exagero nada. Yo no represento aquí ningún papel.

Tijón se apresuró a bajar los ojos.

-Este escrito responde a la necesidad de un corazón mortalmente herido. ¿Me explico

bien? -dijo, insistente y con desusado calor-: Sí, es el arrepentimiento, la natural necesidad del corazón, que ha triunfado. Usted se halla en el verdadero camino, un camino totalmente inaudito. Pero usted aborrece y desprecia ya por anticipado a todos cuantos hayan de leer lo aquí escrito y los provoca a la lucha. Si usted no se avergüenza de confesar un crimen, ¿por qué abochornarse de su arrepentimiento?

-¿Qué yo me avergüence?

-¡Usted se avergüenza y teme!

-¿Qué yo temo?

-Sí, mortalmente. Bien dice usted: “Que me miren todos como quieran; pero usted mismo, usted, ¿cómo los mirará a ellos? En su declaración subraya usted algunos pasos con el léxico, usted coquetea con su vida espiritual, y echa mano de cuanta minucia halla a su alcance sólo para asombrar al lector con su insensibilidad, una insensibilidad de la que no es usted capaz. ¿Es usted otra cosa que la comedida actitud de un reo ante sus jueces?

-¿Cómo comedida? Yo me he entregado ya a todo juicio.

Tijón callaba. Sus pálidas mejillas se arrebolaron.

-Dejemos esto -dijo Stavroguin, tajante-; permita usted que ahora yo, por mi parte, le dirija una pregunta: llevamos ya cinco minutos hablando de esto -señaló a las hojas- y no le noto a usted ni repugnancia ni vergüenza... No parece usted muy sensible.

No siguió hablando.

-No le ocultaré a usted nada; me ha asqueado esa excesiva energía que se desahoga en ruindad. Por lo que al crimen mismo se refiere, somos muchos lo que pecamos de ese modo; pero usted vive con su conciencia tranquila y considera todo eso como inexcusables locuras juveniles. Sí, hay ancianos que pecan de ese modo, y en ello encuentran alegría y placer. De esos horrores está lleno el mundo. Sólo que usted ha sentido el fondo de eso con una intensidad que rara vez se encuentra.

-Entonces, ¿es que va a usted acaso a sentir respeto hacia mí por esas hojas?

Y Stavroguin rio, irónico.

-A eso no he de contestarle. Pero crimen mayor y más horrible que el cometido por usted con esa chica no lo hay, naturalmente, ni lo puede haber.

-Dejemos esa apreciación. Puede que yo no padezca tanto como aquí se dice, y puede también que haya mentido mucho a cuenta mía -añadió inopinadamente.

Tijón volvió a guardar silencio.

-Pero esa otra joven -volvió a decir Tijón-, con la cual rompió usted en Suiza, ¿me permite preguntarle dónde se encuentra ahora?

-Aquí.

Nuevo silencio.

-Puede que yo le haya mentado mucho a usted respecto a mí -volvió a decir Stavroguin-. Por lo demás, ¿qué importa que lo haya irritado a usted con la brutalidad de mi confesión, ya que esa irritación la ha sentido? Le obligo a usted a tenerme más miedo: eso es todo. Luego me servirá de alivio.

-Es decir, que su maldad provoca maldad, y en el odio halla usted alivio, en vez de sentir compasión.

-Dice usted bien. Oiga usted -empezó, de pronto, a reírse-, quizá me pongan de jesuita y de beato después de leer estas páginas... ¡Ja, ja, ja! ¿No es cierto?

-Naturalmente, no dejará de hacer esa impresión. ¿Y piensa realizar pronto su designio?

-Hoy, mañana, pasado mañana. Usted tiene razón, será así de ese modo; lo publicaré de manera totalmente inesperada y en un momento de rabia, de odio feroz, cuanto más rencor sienta hacia ellos.

-Contésteme usted a una pregunta, honradamente y a mí solo, solamente a mí -dijo Tijón en tono algo distinto-; Si a usted alguien le perdonase esto de aquí -Tijón señaló las hojas-, no una de esas personas que lo quieren o lo aborrecen a usted, sino un desconocido, un hombre que no conocerá usted nunca; si ese hombre en su interior, después de leer sus terribles confesiones, le perdonase a usted, ¿sería esa idea un alivio para usted o lo dejaría indiferente?

-Sería un alivio -dijo Stavroguin en voz queda-. Si usted me perdonase, representaría para mí eso un gran alivio -añadió, y bajó los ojos.

-Como también usted para mí -murmuró Tijón, insinuante.

-¡Qué fea humildad! Mire usted; esas expresiones monacales carecen de gusto. Yo le digo a usted toda la verdad; deseo que usted me perdone, y otra segunda persona, y una tercera; pero todas las demás me odian más bien. Pero precisamente deseo soportarlo con humildad.

-Pero la general compasión hacia usted, ¿no podría usted soportarla con la misma humildad?

-Quizá no pudiera. ¿Por qué me lo pregunta usted?...

-Comprendo el grado de su honradez, y tengo, naturalmente, la culpa de no inspirar confianza. Ya sé que es mi gran defecto -dijo, honrada y cordialmente Tijón, mirando a Stavroguin a los ojos-. Era sólo porque me apuraba por usted -añadió-; ante usted abre sus fauces un abismo sin fondo.

-¿No quería abstenerme? ¿No sufro su odio? -inquirió Stavroguin.

-No odio solo.

-¿Qué más?

-¡Su burla! -profirió en voz muy queda, y contra su voluntad, Tijón.

Stavroguin quedose corrido; inquietud reflejose en su rostro.

-Ya me lo figuraba yo -dijo-. Según eso, al leer mi documento, debo de haberle parecido muy ridículo. No se apure usted, no se preocupe, ya me lo esperaba.

-La repugnancia está en todas partes, claro que más afectada que sincera. La gente sólo teme lo que amenaza sus intereses. No hablo de las almas honradas; éstas se espantarán de sí mismas y a sí mismas se culparán; pero a esas no hay modo de encontrarlas, porque callan. Pero la burla será general.

-Me maravilla lo mal que piensa usted de los hombres, la idea tan baja que de ellos tiene -dijo Stavroguin, resentido.

-¡Ah, crea usted que yo juzgo por mí, no por los hombres! -exclamó Tijón.

-¿De veras? Pero entonces, ¿es que hay algo en su alma que se regocija con mi miseria?

-¿Quién sabe? ¡Acaso! ¡Oh, es posible!

-¡Basta! Señáleme lo que haya de ridículo en mi escrito. Ya lo sé yo, pero quiero que usted mismo me lo indique con el dedo. No ande usted con miramientos; dígame con toda franqueza de lo que es usted capaz. Y vuelvo a decirle que es usted un hombre la mar de raro.

-Hasta la manifestación de esa contrición vivísima tiene algo de ridículo. ¡Oh, no crea usted en aquello que no domina! -exclamó, de pronto, casi enajenado.

-Con ese estilo y todo, vencerán -señaló las hojas- con sólo que sean sinceras y honradas. Siempre ha pasado lo mismo: que la cruz más afrentosa se ha convertido luego en una gran gloria y una gran fuerza, siempre que se haya consumado la acción con

espíritu de verdadera humildad. ¡Quizá obtenga usted en esta vida algún consuelo!

-Pero ¿es que encuentra usted quizás ridícula la forma? -insistió Stavroguin.

-La forma y el fondo. Lo aborrecible mata -murmuró Tijón, bajando la vista.

-¿Lo aborrecible? ¿A qué se refiere usted?

-Al crimen. Hay crímenes odiosos. De cualquier índole que fueren los crímenes, cuanta más sangre, tanto más horribles, tanto más impresionantes y más plásticos, por así decirlo, son. Pero hay también crímenes vergonzosos vulgares, del lado de acá del espanto, por decirlo así, insípidos.

Tijón no siguió hablando.

-Es decir -prosiguió, excitado, Stavroguin-, que usted encuentra ridículo el que yo le besase las manos a aquella chica sucia. Lo comprendo muy bien, y sólo por eso desespera usted de mí, no porque resulte odioso, repugnante, sino porque es vergonzoso, ridículo. Y usted cree que yo no podré soportarlo.

Tijón callaba.

-Ahora comprendo su pregunta referente a si está aquí la señorita de Suiza.

-Usted no está preparado, no está maduro -murmuró Tijón tímidamente, y fijó la vista en el suelo-. No tiene raigambre, usted no cree.

-Oiga usted, padre Tijón: yo quiero perdonarme a mí mismo; éste es mi objeto, mi único objeto -dijo, de pronto, Stavroguin con una misteriosa inspiración en los ojos-. Ya sé que sólo entonces cesarán las apariciones. Por eso busco un sufrimiento infinito, y lo busco de por mí. No me disuada usted de eso, pues entonces me hundiré en la maldad.

Aquella franqueza surgió tan inopinada que Tijón se incorporó.

-Pero si usted cree que puede hacerse perdonar y que ese perdón puede obtenerlo en este mundo mediante el dolor, si usted le ha marcado ese objeto a su fe, entonces cree usted en todo -exclamó Tijón, entusiasmado-. ¿Cómo puede usted decir que no cree en Dios?

Stavroguin no le dio respuesta alguna.

-A esos incrédulos los perdonará Dios porque veneran al Espíritu Santo sin conocerlo.

-Por lo demás, ¿perdonará Cristo? -preguntó Stavroguin con forzada sonrisa, y cambiando de tono, trasluciose algo de sorda ironía en su interrogación-. Porque está escrito: “Quien seduce a esos párvulos...”, ¿recuerda usted? El Evangelio no reconoce pecado mayor... De esta larga conversación, lo único que saco en claro es que a usted no le conviene en modo alguno un escándalo, y usted me considera un caso, buen padre Tijón -dijo Stavroguin, desdeñoso y malhumorado, e hizo ademán de levantarse-; dicho en menos palabras: usted quisiera que yo me quedase tullido, quizá que me casase y acabase mis días de miembro del club local, visitando, naturalmente, todos los días festivos el monasterio. ¿No es verdad? Por lo demás, quizá usted, como psicólogo, se imagine que así habrá de ser, que sólo se trata de hacer por convencerme, por guardar las formas, de lo mismo que yo estoy deseando, ¿no es verdad?

Su risa sonó hueca.

-No, yo tengo algo distinto para usted -prosiguió Tijón con vehemencia, sin conceder a la risa ni a la observación de Stavroguin la menor atención-. Conozco un anciano, no de aquí, aunque de no muy lejos de aquí: un monje, de tal saber cristiano como ninguno de nosotros podemos imaginarlo. Él escuchará mi ruego. Le hablaré de usted. Vaya usted a él, sírvale durante cinco años, durante siete, todo el tiempo que lo crea necesario. Impóngase usted ese voto, y con ese gran sacrificio rescatará usted lo que anhela y hasta no espera usted, porque todavía no puede usted presumir lo que habrá de lograr.

Stavroguin oíalo atento.

-¿Me propone usted profesar en ese monasterio?

-No es menester que profese; no tiene que tomar la tonsura; simplemente como lego; así hasta se puede vivir del todo en el mundo...

-Déjeme usted, padre Tijón -atajole Stavroguin con aversión, y se levantó de la silla.

También Tijón levántose.

-¿Qué le pasa a usted? -exclamó Stavroguin de pronto, casi asustado, mirando fijamente a Tijón.

Éste se hallaba ante él, con las manos juntas y tendidas y una contracción morbosa, como de espanto, reflejada en el rostro.

-¿Qué le pasa a usted? ¿Qué tiene? -repitió Stavroguin, y apresurose a socorrerle y sostenerlo.

Creía por un momento que Tijón iba a desplomarse.

-Ya lo veo..., lo veo con toda claridad -exclamó con voz que llegaba al corazón y un dolor profundo-. Nunca estuvo usted, padrecito, perdido joven, tan cerca de un nuevo crimen, aun más horrible, como ahora en este momento.

-¡Tranquilícese usted! -rogole Stavroguin, seriamente inquieto-. Puede que lo aplace... Tiene usted razón...

-No, no quiero decir después de la publicación de las hojas, sino antes, un día, quizá una hora antes de dar el gran paso, caiga usted en un nuevo crimen como final. Y lo cometerá usted solamente para impedir la publicación de esas hojas.

Stavroguin temblaba de rabia y casi de espanto.

-¡Malditos psicólogos! -exclamó de pronto, furioso, y saliose, sin volver la vista, de la celda

